

¡Dios pluguiera, querido amigo, de hacer caer esta misiva bajo sus ojos el día de la conmemoración nacional de su República; cumpliría entonces un oportuno servicio de felicitación; felicitación a usanza de filósofo, empero, algo severa y cejijunta... Pero si hoy la arrojo a los caminos del mundo, es desde muy lejos de España, y de Madrid separado por maraña de itinerarios y fronteras. Desde lugares, por cierto, propicios a que tanto la emoción del pasado como la del presente den pábulo a la meditación. A mi diestra, grandes ciudades florecen — diríase que estallan — en la riqueza y el poderío. A mi siniestra, metrópolis ilustres se deshacen, secular y gloriosamente, en polvo. Una y doble lección, en espectáculo y en el recuerdo. ¿Progreso, decadencia, libertad, servidumbre...? ¿No fuera ya hora de que nuestra crítica quebrara, en torno de ciertos conceptos, el prestigio deslumbrador de algunos mirajes...? Sólo hay una verdad sobre la tierra, amigo mío, que no se deshaga también en tierra. Sólo hay una verdad, y es el Espíritu.

De los barrocos alambiques de la ideología del siglo xviii salió para uso — y para veneno — del xix el llamado *principio de las nacionalidades*. El «principio de las nacionalidades» digo, no el sentimiento de nación; hijo, el último — en su vaguedad inaprensible —, de una elaboración más honda y más lenta, de una elaboración varias veces secular. Ni puede negarse que también de este sentimiento hay esencia en aquel principio. Pero no un ingrediente solo, ni tres, entraron a formar parte de la estupendísima triaca. Sino que, analizándola, discerniríamos en ella presencia de ciertos jugos étnicos de germanismos: así como rastros de la propiedad romana; feudales trabacuentas entre soberanía y territorio; orgullos vecinales; reminiscencias del conservadurismo juliano; invocaciones rusionianas a la Naturaleza; kantianos doctrinarismos sobre el fin para sí...

El «fin para sí...» Este escapulario colgaba la Revolución al cuello de cada hombre, al cuello de cada pueblo. Cada hombre, un fin para sí mismo. Cada pueblo, un fin para sí mismo... Y de aquí tanta confusión en las mentes... Y de aquí tanta estupidez en los usos. Y de aquí tanta sangre en la historia. De aquí, sobre todo, la inquietud abierta, la justicia imposible, la eterna, irremediable *reclamación*. Cada pueblo un fin, está bien; cada fin, una nación; cada nación, una independencia. Pero, ¿dónde hay «un pueblo»? ¿Quién lo define? ¿La ley del más fuerte? Hemos visto

## Carta abierta

a D. Alberto Ostría Gutiérrez,  
Encargado de Negocios de la  
República de Bolivia

levantarse los territorios contra los Estados, las comarcas contra los territorios, las ciudades contra las comarcas; aun dentro de cada ciudad un grupo de minoría ha podido llamarse a sí mismo «minoría nacional...» Y al lado de la rebelión separatista, la agresión incorporadora. Tal región debiera ser mía, porque con la misma formamos nación. Tal puerto debe caer bajo mi mano, porque en el siglo xii lo estaba. Y si los comienzos de un siglo vieron — en nombre del principio de nacionalidades — unas colonias de América convertirse en Estados, los comienzos del otro siglo acaban de ver — siempre en nombre del principio de nacionalidades — unos Estados de Europa convertirse en incendio, en carnicería y en podredumbre.

Mientras tanto, las conciencias más finas empezaban a preguntarse si en la doctrina de los «fines para sí» no habrá alguna superstición. ¿Es cierto que, en cada hombre, se dé, puede darse, una autonomía de derecho? La misma Revolución, el mismo liberalismo que pretendían emanciparle de toda coerción, en lo social, acababan por convertirle, en lo económico, en rueda mezquina de una máquina, en sujetarle a la agria esclavitud de la gran industria, al tiempo que le separaba de la suave servidumbre del pequeño gremio. ¿Es cierto que aquella autonomía corresponde en justicia a cada Nación? Los mismos vulpinos Tratados ochocentistas que establecían este principio y lo propagaban, inventaban la distinción entre grandes y pequeñas potencias; utilizaban sobre intervenciones y protectorados; legitimaban la colonización, y, lejos ya de cohonestarla con nobles ideas — como la conquista de almas y la universalización de la fe en el Cristo —, la dejaban hundida en la miseria moral de los bajos intereses utilitarios...

Pero ¿y si los hombres y los pueblos se constituyeran fines para sí, valores para sí, si sus pequeñas vidas individuales no se justificaran por el hecho solo de la existencia, sino en razón a un servicio prestado, por el precio de una *función*, en que se encuentre, a la vez que la noble servidumbre, la fecunda dignidad? ¿Y si, lo que para los hombres, *el trabajo*, lo constituyera para los pueblos, *la cultura*? «Te ganarás el pan; es decir,

la vida, con el sudor de tu frente», fué dicho a cada hombre. «Te ganarás la vida; es decir, la libertad, con la creación esencial de tu alma», debe decir a cada pueblo. No tenemos con la independencia, tesoro otorgado de un golpe, para siempre. Debe *ganarse* cada día, *revalidarse* cada día. Ganarse con el esfuerzo, con el trabajo, con la tarea, con la obra, con la misión. La vida — ni para los hombres ni para los pueblos — ha de limitarse a un tesoro hereditario. Ni la libertad es ningún *valor de renta*.

En ciertos pueblos americanos, especialmente, creo ver muy claro cuál debe ser, cuál es, la justificación de la independencia, según la ley del Buen Servicio; cuáles son, cuáles deben ser el *trabajo*, la *tarea*, la *obra*, la *misión*. Creo, por ejemplo, verlos de este modo en su país. Bolivia tiene, como tiene el Perú, como tiene Méjico, un gran problema local — que significa, a la vez, un gran problema universal —. Tiene el *problema del indio*; el de la situación del indio ante la cultura. ¿Qué hacer con esta raza? Se sabe que ha habido, tradicionalmente, dos métodos opuestos. Que el método sajón ha consistido en hacerla retroceder, en diezmarla, en, lentamente, exterminarla. El método español, al contrario, intentó la aproximación, la redención, la mezcla. No quiero decir ahora cuál de los dos métodos deba preferirse. Lo que hay que establecer con franca entereza es la *obligación de trabajar con uno o con el otro de ellos*. Es la imposibilidad moral de contentarse con una línea de conducta que esquivе simplemente el problema, y tolere la existencia y pululación de los indios al lado de la población blanca, sin preocuparse de su situación, más que en el sentido de aprovecharla — egoísta, avara, cruelmente — para las miserables faenas oscuras de la fatiga y de la domesticidad.

Cuando una obligación semejante de cultura se cumple, y se cumple bien: cuando una misión y un *mensaje* espiritual de este orden, justifican la existencia y la independencia de un pueblo, todas las Tacnas y todas las Aricas me parecerán pocas para dotarle de medios e instrumentos apropiados a una digna realización. Sin esto — y crea usted que las mejores conciencias del mundo abrigan hoy convicción y repugnancia análogas —, *ningún nacionalismo me conmoverá, ninguno me interesa...*

«¡Singular felicitación la de esta misiva de viajero!», pensará, por ventura, usted, mi querido amigo. Pero ya, desde el principio, le avanzaba que si aquí había parabién, iba a ser parabién a usanza severa... Y ya es-